

Y para terminar, he de dejar consignado que para consuelo de los enamorados del arte, y gracias al impulso dado en la actualidad á la fama del Monasterio, por los religiosos que desde hace escaso tiempo vuelven á habitarle, el nombre de Guadalupe resuena otra vez en España. Allí se encaminan hoy los creyentes, por la fe; los excépticos, atraídos por el deseo de contemplar tanta magnificencia.

Las peregrinaciones son numerosas y frecuentes y—noticia para nuestros hermanos mexicanos—se quiere y se desea el auxilio de los católicos de México para lograr de S. S. que la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe sea solemnemente

coronada, con una corona que, costeada por los donativos de mexicanos y españoles, sea ofrenda que hagan á su patrona los dos pueblos, á quienes la civilización cristiana unió por la verdad y por el amor, y que en el mismo día todos los años, rinden sus corazones ante el altar de la Excelsa Patrona, que para serlo de México y España, se valió como de mensajeros de un indio y de un pastor, de Juan Diego y de Gil de Santa María, humildes, fervorosos, y representantes del alma popular y del vigor de la raza.

MANUEL S. CUESTA.

Madrid, 1º de Septiembre de 1912.



## TRABAJA PARA LA VIDA

Herrero, ¿qué forjas con tantos trabajos junto á la fragua?

—Forjo un cuchillo que servirá para quitar la vida á muchos hombres. Este cuchillo atravesará las más resistentes mallas, romperá las más duras costillas, hundirá los más fuertes cráneos, porque lo he templado siete veces en agua fría.

—Y ese otro hierro largo que tienes en la fragua, ¿para qué sirve, forjador?

—Lo mezclaré con otra lámina de acero para hacer una espada.

—¿Y la espada? ¿Será acaso para proteger á los débiles, para libertar á los humildes, para vencer á los poderosos?

—No: esta espada la ceñirá un caballero y será para oprimir al débil, para humillar al cobarde, para herir en mitad del corazón al que sienta palpitar en el suyo las ideas de bondad y de justicia que el Dios, hecho hombre, vino á predicar entre los hombres.

—¡Maldita sea tu tarea, forjador; malditos tus esfuerzos, porque los limitas á fabricar la muerte.

Que la tierra se niegue á sostener tu cuerpo, que el aire se resista á entrar en tus pulmones, que el agua no refresque tu boca seca, si continúas tu labor.

La naturaleza dió el hierro y dió el acero para que con ellos se forje la reja del arado que labra y fecundiza las entrañas robustas de la tierra; para puentes y máquinas y acortar las distancias y salvar los abismos que zanzan á los hombres.

Trabaja, forjador, trabaja; pero trabaja por la vida: no para la muerte.

Que no empleen tus manos ni se consuman tus sesos haciendo máquinas homicidas, sino construyendo artefactos que den impulso al impulso latente en la vida.

CARMEN SYLVA.